

Los trabajos y los días laborables

Caretas

José M. Delgado

Hay gente que es de letras y otros que son de ciencias y hay otros que se lo pasan tan mal con las matemáticas como con la lengua, estos últimos no son de nada y entre ellos me encuentro.

Dejé Económicas en primero y me matriculé en Filología de la que me olvidé en las primeras vacaciones de Semana Santa, mi padre empezó a presionarme y me puse a buscar trabajo, a través de una amiga conseguí un contrato de tres meses en una agencia de cobro de morosos que se llama MMP (Moroso Muerde el Polvo); tenían tres coches 4x4 y una especie de carcasa desmontable que emulaba a una diligencia de las que se usaban en el Oeste Americano, el jefe y una secretaria en la oficina y cuatro cobradores - yo fui el cuarto - que acosábamos a los "clientes" enfundados en larguissimas gabardinas negras que nos llegaban a los pies y en blancos sombreros vaqueros tipo "Stetson". Como soy grandote y corpulento - no quiero pecar de vanidoso pero es cierto que las chicas definen mi físico de manera menos prosaica - la gabardina me quedaba estrecha y solo me llegaba a media pantorrilla, de modo que siempre que podía pasaba de ponérmela.

Salía a trabajar con un compañero veterano que había sido guardia civil, al principio yo estaba bastante callado, ponía cara de pocos amigos, hacía gestos de desprecio o murmuraba insultos entre dientes. Tengo que decir que este es un trabajo delicado: hay que tener mucho cuidado con no violar la ley, aunque en la práctica todo se reduce a no traspasar determinada raya, variable según el moroso de que se trate, vamos que no se le puede apretar las clavijas de igual manera a un empresario mas o menos pirático, que suelen tener abogados que les sacan sus buenos dineros, que a un tipo que trafica con drogas, que puede tener una pistola y dinero para pagar matones, como a un pobre diablo incapaz de conservar un empleo que le permita pagar el coche. La historia que voy a contar me sucedió tratando de cobrarle a uno de estos últimos.

El asunto fue que el jefe me mandó a presionar a un moroso que nos debía un millón de pesetas, un tipejo que se había comprado un coche del que solo pagó dos letras. Iba a ser nuestro primer contacto con él y la gestión resultaba de mi exclusiva responsabilidad.

La dirección que me dieron correspondía a un bloque de piso en una barriada marginal, uno de esos polígonos que construyó el MOPU para gente sin recursos, me advirtió el jefe. Me llevé el coche con los rótulos de la agencia bien visible y el sombrero, aunque no así la gabardina.

Pues sin gabardina, tan solo con el sombrero, un tropel de chiquillos se agolpó alrededor de mi llamándome "¡pistolero!, pistolero!" ya cerca del portal del bloque. Estaba claro: en estos barrios nadie se siente intimidado por la presencia del cobrador de morosos, más bien divertidos, por lo que estaba viendo.

En la planta décima el pestazo a sardinas asadas se mezcló con el olor a naranjas que emanó del piso al que llamé cuándo la mujer abrió la puerta. Apenas me fijé en ella, una mujer vulgar, como de cuarenta años que alguna vez pudo ser hermosa aunque ahora estaba metida en carnes. Pregunté por su marido, le dije quien era yo, lo que quería y le recordé las veces que había dado esquinazo a la empresa que le vendió el coche. Me dijo que a ella todo eso le traía sin cuidado, que allí ya no vivía, que estaban separados y no le pasaba ni un duro a sus tres hijos, que vivía en casa de la tía, un "putón" con la que estaba liado, mas una retahíla de insultos irreproducibles. Al final conseguí sacarle la dirección de un bar donde quizá pudiera encontrarlo, pero no la de la casa de la amante. Casualmente el bar estaba relativamente cerca de mi casa, así que me pasaba por allí a la vuelta del trabajo. Tenía una fotografía y la descripción física del tipo por lo que en una de las veces lo encontré allí sin necesidad de preguntar. Era aún más pequeñajo, esmirriado, de lo que me había figurado. Como no llevaba la gabardina ni el sombrero ni tenía el coche a la puerta pues se lo quedaba de noche el compañero que me dejaba en casa, lo abordé enseñándole una tarjeta de la agencia.

- Se llama usted Antonio Rincón, ¿verdad?, mire yo soy Alfonso García de la agencia Moroso Muerde el Polvo. Vamos a ver, que es lo que pasa con esa cantidad que nos debe usted.

- ¿Como? ¡Ah sí! Pues mire usted ya le he dicho a su jefe que lo que ha pasado es que me ha ido mal con unos negocios, he tenido mala suerte, pero que tengo una cosa en perspectiva que en el momento que salga voy a dar de cara con ustedes. Pero vamos, que lo que les podré dar será una cantidad a cuenta ¿eh? ¿no pensará que le voy a pagar de una vez ese millón de pesetas?, eso no lo hace nadie, hoy no hay quien tenga un duro - dijo enarcando la ceja izquierda, dándose aires de importancia.

- Eso está muy bien, ¿pero cuándo va a ser? No pensarás que me vas a torear, ¿comprendes? O sea que de historias nada, tú me dices "tal día" y aquí estaré, ¡aquí mismo!, ¿vale? Si tu no me fallas no pasará nada. Otra cosa: tendrá que ser un mínimo de trescientasmil. Venga, ¡cuándo! ¡cuándo!, que tengo muchas cosas que hacer. - Dije poniendo la situación en el terreno que me interesaba.

- No te sulfures, amigo, yo soy un hombre de palabra. Si te digo tal día te pago, tal día te pago. Esa cantidad está bien, me parece adecuada...

- Que bien, que bien. ¡Cuándo tengo que venir! Venga - le dije casi a voces, fingiendo que se me agotaba la paciencia.

- Tranquilo, tranquilo, tomate una cerveza, Alfonso, ese es tu nombre ¿no?

- Sí, venga, la cerveza, una cosa rápida que no tengo todo el día... Me tomé la cerveza de un par de tragos y solté el vaso en el mostrador con un fuerte golpe, aproveché que todas las miradas convergían en mi para emplazarlo de nuevo.

- ¿Cuándo? ¿Cuándo? - dije casi a gritos.

- El viernes que viene, venga. A las ocho de la tarde, aquí estaré.

- Pues hasta el viernes. Y recuerda, ¿eh? - le dije marchándome, medio apuntándole con el índice desde la puerta.

Estaba seguro que llegado el viernes el canijo aquél no comparecería, así que trataría de conseguir del tabernero la dirección de la mujer con la que vivía, de algún otro bar que frecuentara y en caso negativo volvería al piso de la ex-mujer y le contaría algún cuento para sacarle la dirección del "putón": le diría que este tenía otra deuda con nosotros, cuatrocientas mil de un abrigo de piel de marta - mejor que de visón, que sonaba muy basto - y que había dado la dirección del domicilio familiar, eso sería suficiente para ponerla como una moto y que largara.

Fue una verdadera sorpresa encontrarlo en el bar a las ocho en punto. Cuando llegué estaba preguntando al dependiente por "su socio", para que yo lo escuchara, preparando sin duda la excusa para una nueva negativa, pensé.

Nada más verme, pidió una cerveza para mí, pagó y me sacó a la calle. Metió la mano en el bolsillo, sacó un fajo de billetes, los contó y me los tendió, sin tocarlo le pregunté que cantidad era aquella y me respondió que ochenta y siete mil, rehusé tomarla y le recordé que aquello no era lo convenido. Empezaba a intimidarlo cuando me interrumpió, me pidió que lo siguiera un momento, lo hice y fue cuando me enseñó la furgoneta de reparto aparcada unos metros más allá, un furgón, con el rótulo de un almacén mayorista proveedor de kioscos de chucherías y de tiendas de esas de "todo a cien". Me dijo que trabajaba a comisión, que en pocos días, no más de dos semanas, podría entregarme el resto. Le dije que no lo creía, no era tan tonto como tragarme el rollo de que un repartidor podía ganar doscientas y pico mil en dos semanas, ni en un mes.

Me dijo que el furgón era de su socio, lo mismo que el almacén mayorista donde cargaba, que el almacén estaba en quiebra, esperando el embargo y que lo único que podía hacer por él su socio era llenarle el furgón, entregarle la hoja de pedidos y permitirle que hiciera la ruta y se quedara con el importe de los pedidos y de las ventas que hiciera él mismo. Dijo también que anteriormente habían llevado a medias un bar y que su socio le debía más de tres millones de pesetas. Ciertamente no lo creí pero decidí dejarlo rodar un poco.

- Todo eso está muy bien, pero a ver que tengo que ver yo con todo eso.

- Hombre, pues está claro: ya sabes que vais a cobrar - dijo tendiéndome el paquete de cigarrillos que rehusé.

- Cómo, cómo, cómo. ¿Cómo que voy a cobrar, así en abstracto? Que voy a cobrar AHORA, querrás decir.

- Pues no sé como. Ya te he dado lo que tengo. Mira, hacemos una cosa, date una vuelta, tómate unos whiskies aquí y que lo apunten a mi cuenta y quedamos aquí mismo dentro de un par de horas - respondió abriendo ya la puerta de la cabina del furgón, dispuesto a marcharse.

- Espera un momento - le dije cerrando la mano como una tenaza sobre su antebrazo. - Te diré lo que vamos a hacer: voy a ir contigo y me quedaré con lo que vayas cobrando hasta completar las trescientas. Ahora dame ese dinero, las ochenta y siete, venga - dije extendiendo la mano.

Se encogió de hombros en gesto de vaga resignación y me entregó el dinero.

Así fue como me monté en el furgón y comenzamos a hacer la ruta.

El furgón estaba repleto de golosinas, cachivaches decorativos made in Taiwan, juguetes de plásticos, y todo eso. A mi derecha estaba un expositor de cartón que llevaba prendidas unas curiosas caretas o máscaras de látex con las caras estilizadas del presidente del gobierno, el jefe de la oposición, Mario Conde, Javier de la Rosa y otros conocidos personajes de la política, me fijé en ellas especialmente porque me molestaba en el hombro con algún movimiento del coche.

Paramos al lado de un kiosko en la prolongación de la Avenida de la Barzola, sí, no bajé porque desde mi asiento tenía bajo control el trajín del tipejo con la mujer del quiosco. No le pagó mas que una de las facturas y le pidió una lista de mercancías que el tipo no identificaba - le dijo que era nuevo en el trabajo y que había empezado aquél mismo día - por lo que abrió la puerta corrediza lateral para que la mujer pudiera ver lo que llevaba. Cuándo esta hizo su selección el canijo le dijo que tendría que pagarle al contado, la mujer accedió no sin protestas, recordándole lo bien que se entendía con el repartidor habitual, ¿que le sucedía? ¿le había pasado algo?, andaba malo, le dijo, una angina de pecho, un infarto, o algo así, pero mejoraba, ya estaba fuera de peligro. Que tipejo. No le dejé tocar el volante, mi mano se extendió de nuevo reclamando las treintaidosmil de la factura, trató de darme carrete y entregarme tan solo dos billetes de diez mil pero me negué y tuvo que entregarme el tercero, dejándole que se quedara con las dos mil de pico.

Nos dirigimos después a un local en la calle Niña de la Alfalfa, exactamente, quiero decir que sería en esa dirección porque es el único local al que nos llegamos en la barriada de La Carrasca, que es donde está esa calle. Bajé con él y entramos en el local. Una mujer todavía joven y atractiva lo regentaba, nos miró con una cara entre el espanto y la aprensión, que aún mantuvo unos instantes luego que mi acompañante se identificara como el nuevo distribuidor de SALIGOL, la mujer se relajó y nos dijo que el día anterior la habían atracado unos niñatos, unos "enganchaos" y que todavía estaba nerviosa. Se repitió la misma operación, la mujer salió con nosotros hasta el furgón, dijo lo que quería, lo sacamos y antes de cerrar reparó en las caretas de látex, preguntó el precio y como le pareció caro no las quiso. Ya está bien de caretas, dijo, desde el susto de ayer siempre que venda alguna pensaré que van a atracar a alguien. Reparó en un par de estuches de madera que estaban encima del salpicadero y que tomó, según dijo, por estuches de compases de dibujo, el canijo negó que contuvieran tal cosa y nos volvimos cargados de cachivaches al local. Cuándo el tal Rincón le entregó la factura la mujer la leyó y le dijo que allí faltaba su descuento.

- ¿Que descuento señora? Esto no lleva descuento. ¿sabe usted cuánto le gano yo a esto? ¡No llega al diez por ciento! - el tipo aquél era increíble, la tenía de cemento.

- Bueno, bueno. Vamos a llorar un poquito menos porque sino vamos a llorar todos y me voy a tener que tirar al suelo. Son cuarentaises, ¿eh?, a ver, dígame usted: ¿cuántos pedidos le hacen como el que yo le hago? El muchacho que ha estado viniendo me hace el tres; sobre eso ya hablamos y le expliqué claramente que a mi me da igual comprar a SALIGOL, que a METRANSA, como a cualquier otro almacén.

- A mi me da lo mismo, señora, que compre mucho, poco o nada. ¿Cuánto le hacía el muchacho? Lo que fuera tendría que ser de su porcentaje, porque si no es así le va a costar el despido. - Dijo con aire perdonavidas.

- ¿Usted quién es? ¿el dueño? - inquirió la mujer levemente azorada.

- Sí, soy un socio. Venga, dígame usted el descuento ese que tengo prisa.

- Tome usted, su dinero, no quiero descuento. Y ya están ustedes en la calle. ¡Ea!, ¡aire!, y no aparezcan por aquí hasta que vuelva el muchacho que yo ya hablaré con él.

- Venga, el dinerito, que es de lo que se trata. Y vaya usted...con dios, señora.

- ¡Váyase usted al carajo, señor!

Ya tenía genio, la buena señora. ¡Qué decir de mi tipejo!, ni siquiera abandonó el tratamiento de respeto para devolverle el insulto, una sarta de ellos cuándo ya salíamos, a cual más soez e irreproducible.

Le pedí el dinero ya subidos al furgón, arrancó sin contestarme y dijo que esperara a que aparcáramos. Empecé a cabrearme, pero pensé que me convenía tener paciencia, no precipitarme porque podía tomarlo como síntoma de inseguridad.

Estuvimos parados sus buenos diez minutos en la entrada a la calle León XIII por un atasco de la circulación. Cogí uno de los estuches que estaban en el salpicadero, me sorprendió que pesara tanto y más aún cuándo lo abrí y saqué el Colt 38 negro y reluciente; parecía de verdad, jamás había tenido antes uno en la mano, de ninguna clase, ni siquiera un cetme porque no he hecho la mili, ahora, que cuándo salga de esto me voy de voluntario a Bosnia con el Ejército Español, eso es seguro. Me dió corte preguntarle si el revolver era de verdad y creo que comenté algo así como que había que ver los juguetes que fabrican ahora para los chiquillos; el canijo no dijo nada, solo hizo una mueca que quería ser una sonrisa y arrancó bruscamente, con aquella bárbara manera que tenía de conducir.

Detuvo el furgón apenas a cien metros, delante de una tienda enorme de "todo a cien" son los únicos comercios que se abren ahora, esos y tiendas de golosinas. Bajó rápidamente no sin antes tomar el otro de los estuches de los revólveres; dio la vuelta, abrió el portón lateral y cogió el expositor con las caretas, tirando con tal brusquedad que se me enganchó en el hombro una de las máscaras aquellas. Le grité que si pensaba dejar el coche en doble fila dificultando el tráfico y me dijo que lo aparcara yo bien. Me puse nervioso porque los coches que iban llegando empezaron a hacer sonar el claxon, me senté en el asiento del conductor pero el cabrón se había llevado las llaves. Decidí pasar del tema y tranquilizarme. Se despejó la circulación en la dirección contraria y pudieron pasar los coches, me relajé y finalmente conseguí conectar los intermitentes.

Es cierto que recogí la careta caída en el piso del coche pero también lo es que no me dió cuenta de que las llaves estaban también allí, yo no las caí, desde luego.

Un par de minutos después vi salir casi corriendo de la tienda al tal Rincón, en ningún momento me di cuenta de que se quitara la careta de Mario Conde, ni de que tirara al suelo nada, probablemente estaba distraído, me avergüenza decirlo, pero sí, me había puesto la careta del presidente del gobierno, - no creo que el juez, que el señor juez, me acuse de desacato, no es culpa mía que fabriquen cosas así -, una niñería por mi parte, el caso es que le grité que a donde iba y me contestó que a buscar cambio, que aparcara el furgón no se lo fuera a llevar la grúa.

Segundos después llegaron ustedes, quiero decir, los agentes de la Policía Nacional, que susto madre mía de mi alma, creí que me iban a disparar.

Eso es todo cuanto puedo decirles, es la pura verdad. Sé que parece increíble pero eso son los hechos. Es cierto que yo tenía puesta aquella maldita careta porque me estaba mirando en el espejo retrovisor interior, como también lo es que tenía el revolver a mano, en el asiento que había ocupado minutos antes, pero como digo yo no podía saber que fuera auténtico y no de juguete, no estaba cargado, en todo caso, ni siquiera con balas de mentira, - ¡madre mía de mi alma, que ya no se ni lo que digo!. Yo no robé los revólveres, como tampoco robé el furgón aprovechando que al conductor le entró una angina de pecho, como me dicen ustedes, y si estaba sentado al volante fué porque estaba mirando en el espejo como me quedaba la careta, ya se lo he explicado...¡Alguien tiene que haberse dado cuenta de el aspecto que tenía el que arrancó la furgóneta aprovechando la confusión, el revuelo de gente que se formaría en torno al vendedor caído en suelo! ¡abulto el doble que el hijodeputa - con perdón - Rincón ese!

Yo no soy su socio, diga lo que diga el tabernero, se lo he repetido mil veces, hagan el favor de insistir, de volver a llamar a MPP, ¡no pueden decir que nunca he trabajado allí, que no me conocen de nada! Deténganlo si es que no lo han hecho ya y permitanme un careo con él, a ver si es capaz de contradecir mi versión de los hechos, que no es versión, sino la pura verdad; ¡que vá! ese tío es horroroso, es capaz de decir cualquier cosa, que se yo, madre mía de alma, en que lío me he metido, sin ni siquiera cobrar el primer mes y ya estamos a doce.

Hagan ustedes el favor de llamar a mis padres, el disgusto que se van a llevar, ¡si ellos tampoco saben donde trabajo!, les mentí para que no se preocuparan, les dije que trabajaba en una inmobiliaria. Esto es para volverse loco, creanme ustedes, juro por lo mas sagrado que cuándo salga de aquí me voy a Bosnia con el Ejército Español.